

## MITOLOGIA DEL DESARROLLO, MITOLOGIA DEL MEDIO AMBIENTE



Sicco Mansholt.

jos de los niveles de renta alcanzados por los más desarrollados.

¿Por qué esa viveza y esa rapidez en la reacción? El tema de la destrucción de la Naturaleza, de los costes sociales del desarrollo, etcétera..., estaba ya planteado hace años. Sobre la «cara oscura» del desarrollo se ha escrito, aunque bien es cierto que desde unas bases y con una perspectiva metodológica muy distinta a las críticas actuales. Así, no es lo mismo un suceso como el de Erandio o un artículo de revista de un intelectual que el leer las críticas que hizo, a raíz de la aparición del Informe, sobre nuestro sistema económico y sobre el actual estilo de vida nada menos que el presidente de la Comunidad Económica Europea, señor Mansholt.

Quizá resida aquí la explicación de la actualidad del tema, dado que el debate actual presenta muchas limitaciones: ¿no están ya muchas industrias americanas encontrando nuevas fuentes de acumulación en la lucha «anticontaminación»? ¿quién y cómo ha lanzado el debate? (en este sentido, el trabajo de Ricardo G. Zaldívar aporta una crítica sólida y estructurada sobre estos puntos).

Lo que está en cuestión es la

fórmula escogida como solución a los problemas sociales: el considerar el aumento de determinados índices, la expansión de ciertas macromagnitudes como expresión de un proceso de avance social. En otras palabras, la elevación del «desarrollo» a categoría mítica. La vieja teoría de la tarta que crece y se reparte equitativamente, complementada, durante la década de los 60, con la fijación de una «nueva frontera» como elemento superador de los antagonismos básicos del país (los 1.000 dólares de renta «per cápita»). Muy discutida la validez de la teoría de la tarta y de su reparto automático, la eficacia como justificación de una gestión económica ha sufrido también fuerte erosión en los dos últimos años.

Ahora viene un nuevo ataque al mito del «desarrollo», y esta vez desde fuera. Frente a él ha resurgido el viejo complejo hispano del país que ha tardado casi un siglo en hacer su revolución industrial, subordinado a los intereses hegemónicos de las principales potencias europeas. Al leer las declaraciones citadas, se percibe un tuflito «tercermundista», partiendo de una posición intermedia. Se señala siempre un fallo evidente del Informe del Club de Roma: su

generalidad, el no tener en cuenta las estructuras sociopolíticas y las relaciones de poder mundiales. Ahora bien, la pretendida posición intermedia no es más que situación de atraso relativo, ya que no se plantea ninguna alternativa a un objetivo final que permanece incambiado (la búsqueda del «american way of life»).

En este sentido, no puede plantearse el tema como si nivel de renta y contaminación fueran paralelos. Cabría hablar más bien de degradación del medio ambiente en relación con la irracionalidad del crecimiento, como está ocurriendo, por ejemplo, con el proceso de urbanización salvaje en nuestro país, u otros de destrucción del medio natural, actualmente en curso (por ejemplo, la costa mediterránea, la riqueza pesquera de Galicia, la deforestación de los valles santanderinos, la parcelación de la sierra madrileña...).

Por eso, no se puede reducir el problema del medio a una mera cuestión de contaminación, considerada como un simple subproducto eliminable. No se puede querer la causa evitando los efectos, y la muestra más clara de ello, por si fuera preciso poner un ejemplo, es el automóvil. ¿Cómo se pueden evitar los embotellamientos y la contaminación? Las costosas redes viarias de descongestión y las medidas anticontaminación pueden contener el problema dentro de ciertos límites. Pero las soluciones tienen que venir por otros caminos. En la cuna del automóvil, Estados Unidos, lo han comprendido, al fin, así, y por ello en las ciudades se está dando clara preferencia al transporte colectivo.

Es evidente que, en estos términos, la solución no es el «crecimiento cero» sin más. El fondo de la cuestión se plantea cuando se llega a las bases del sistema, que son, como decía Edmond Maire, secretario general de la CFDT, en su intervención en el coloquio sobre «Ecología y revolución» (del cual TRIUNFO recogió varias intervenciones en su número 510, de 6 de julio de 1972): «Lo cierto es que el capitalismo ha mostrado al mismo tiempo una formidable capacidad de adaptación y una dinámica fundamentalmente conservadora. Todas las modificaciones e innovaciones del sistema se sitúan, en efecto, dentro de una lógica implacable: la del beneficio como motor del desarrollo, la de la acumulación del capital como modo de desarrollo, la del crecimiento considerado como aumento de la venta de productos rentables, la de los límites a la creatividad por la necesidad de mantener el poder entre las manos de una minoría. Por ello, lo esencial de la demostración merece nuestra adhesión, porque se sitúa en el mismo corazón del sistema. El porvenir de la Humanidad es incompatible con el modo de producción capitalista.

«El crecimiento como objetivo de la economía mercantil, la ideología del consumo obsesión, el consumo único de objetos rentables como finalidad, no sólo no responden a la aspiración de los seres humanos, sino que no pueden ser perseguidos sin conducir el mundo a la catástrofe». ■ CRUZ BARON SE-RRANO.